

# LA MADRE DE FAMILIA.

## REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA

aprobación eclesiástica,

y bajo la dirección

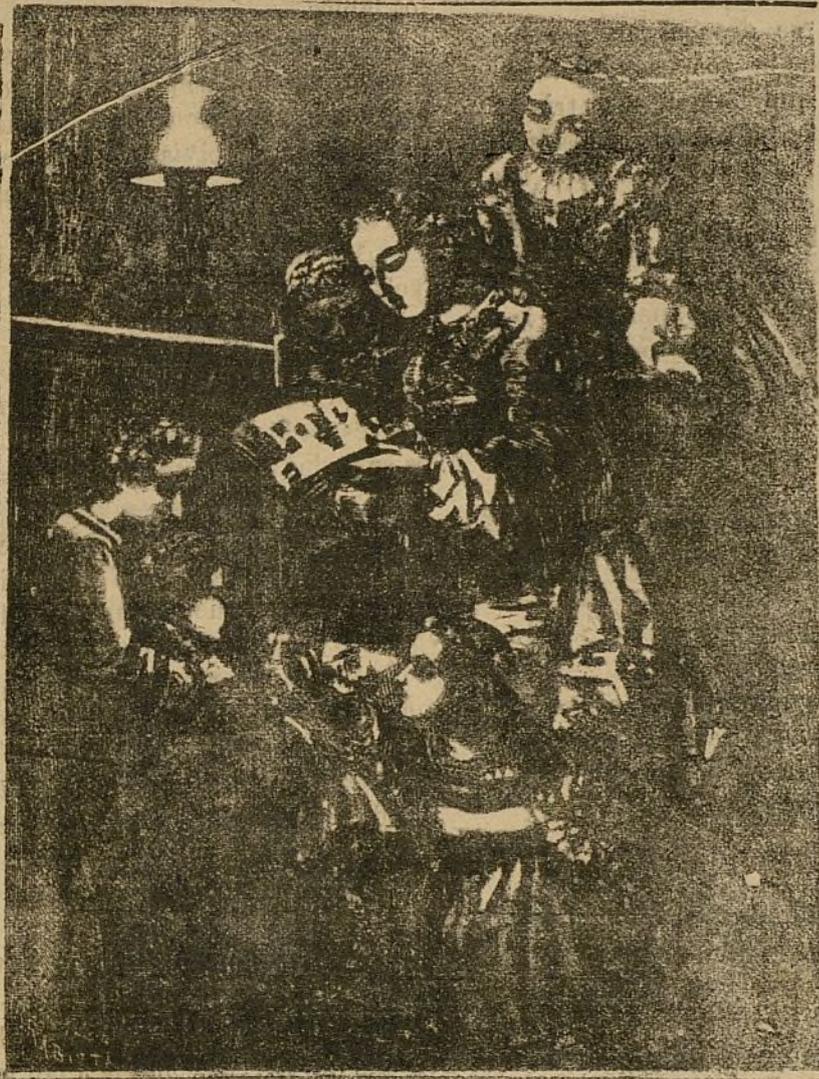
DE

E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del  
Campillo, 15.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa y la enseñanza del reo.

Este periódico sale los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes y costará de ochenta paginas en igual tamaño al este prospecto.



## SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, que se expenden en todos los estancos; admitiéndose también en sellos de franqueo de 10 y 15 centimos, prefiriéndose siempre, donde las haya, las etras del Giro mútuo.

En las ciudades que quieran suscribirse, que al avisar al aviso marquen bien su nombre, el domicilio de su residencia y provincia á que pertenece.

14 de Enero de 1899 DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 34.

## SUMARIO.

El camino de la dicha. novela.—La nave bendita. poesía.—La veleta.—Lea, ó la Cruz triunfante.—Sección doctrinal.

## EL CAMINO DE LA DICHA.

NOVELA ORIGINAL.

(CONTINUACION.)

¡Oh! ¡qué espantoso cuadro se ofreció á su vista!

El Duerna, engruesado por las lluvias, había roto su cauce, y se desbordaba impetuosamente por la llanura, arrastrando entre sus olas cuanto hallaba al paso.

Las casas mas próximas al río estaban casi sumergidas, y el torrente avanzaba rugiendo, y amenazando inundar toda la aldea.

Juan, lleno de terror, salió de la casa, corrió á la sacristía, dió apresurados golpes á la puerta, y apenas el sacristán le hubo abierto, cuando se abalanzó á la torre y tocó á rebato.

Despertaron sobresaltados los vecinos, y bien pronto mil ayes de espanto y desolacion se mezclaron al rugido creciente de las aguas.

¡Oh! ¡cómo pintar aquella desgarradora escena!

Hombres y mujeres medio desnudos, corriendo aquí y allá, atropellándose unos á otros para buscar su salvacion ó la de los objetos queridos de su alma.

La noche era oscura, la confusion espantosa. Los mas intrepidos encendieron hachones; pe-

ro su luz, poniendo de manifiesto el peligro, aumentó el terror en vez de disiparlo.

Aquí son padres que se descuelgan por las ventanas, llevando en sus brazos a sus hijos pequeños; allá esposas que llaman con tristes alaridos á sus esposos, perdidos ó anegados; mas allá son ancianos, que cruzan vacilando por los aleros de los tejados, próximos a caer en las espumosas olas del torrente, que allí, por donde pasan, siembran desolacion y ruina, arrastrando consigo los rústicos muebles, los aperos de labranza, las escasas provisiones del pobre y las preseas de los ricos, sus mulas, sus rebanos...

Niveladoras de todas las fortunas, las aguas corren, corren, abanzan, turbias y ensangrentadas...

¡Ay desdichada aldea! ¡Cuando vuelva á salir el sol, ya no alumbrará tu ventura! ¡Un instante, un solo instante, lo ha cambiado todo...

¡Oh dicha de la tierra! ¿quién te busca? ¿quién te ansía?

En medio de la confusion general, en medio de tantos actos de heroismo y caridad como se practicaron durante aquella noche memorable, una sola casa habia sido olvidada, la mas expuesta de todas.

Era la de Catalina.

El río se habia llevado el puente de madera, sobre el cual se apoyaba, y la casita habia desaparecido casi completamente debajo de las aguas.

¡El amor maternal galvaniza hasta un cadáver!

Catalina y la pobre mujer que se habia quedado á velarla, estaban asomadas á la ventana mas alta, dando lastimeros gritos.

Catalina, casi desnuda, desmelenada, mostraba su hijo á la multitud, pidiendo para él compasion y amparo.

—¡Una balsa, pronto una balsa! exclamó el buen cura con las lagrimas en los ojos, dirigiéndose á los que estaban agrupados junto a él. ¡Ofrezco cuanto poseo al que intente salvarlos!... ¡Ah! ¡que no sea yo jóven! ¡Quién se atreve, hijos, quién se atreve?

Todos guardaron un profundo silencio. La casa estaba completamente cercada de agua, y la avenida era tan impetuosa, que buscaba una muerte cierta el que surcase sus embravecidas olas...

—¡Ay, la casa se va á desquiciar! repetia el venerable anciano. Dios mio, Dios mio, ¡quién tendra piedad de esas desdichadas!

—¡Yo! dijo Juan, abalanzandose en medio del círculo.

Un murmullo de sorpresa se escapó de todos los labios.

Juan, durante aquella noche, se habia mostrado sublime de caridad y abnegacion; Juan habia arrancado cien víctimas á la muerte; pero aquella empresa envolvia tanto ardimiento, que los circunstantes apenas podian dar crédito á su oferta.

—¡Yo! ¡yo! repitió el jóven con entusiasmo, ¡yo!

Prepararon una balsa.

Juan con las mejillas inflamadas por el fuego de la caridad que abrasaba sus entrañas, con los ojos resplandecientes por la fe que electriza á los soldados de Cristo, se lanzó en la balsa.

¡Oh! ¡cuán hermoso estaba!

El intrepido jóven lucha y relucha con las embravecidas aguas... Aquí el fragil leño se sumerge, y todos sueltan un grito de espanto; allá vuelve á remontarse, y es un grito de inmenso júbilo el que le acoge; pero mas allá vuelve á sumergirse, y la consternacion se pinta en todos los semblantes...

—¡De rodillas, hijos, de rodillas! grita el cura.

Todos se arrodillan, todos oran con fervor...

Tambien ora la madre desolada, que ve pendiente de una gota de agua la salvacion de su hijo...

¡Oh! qué momentos de indefinible angustia! los ojos no pesanean, los corazones no palpitan.

Pero aquellas fervientes oraciones debieron subir al trono de Eterno, porque Juan gana al fin á fuerza de remos la mitad del río, espera que las dos mujeres se deslicen en la barca á favor de una cuerda, y luego vuelve á remar con mas fuerza. Aunque zozobrando, la frágil barca se sobrepone al ímpetu del torrente... se acerca á la orilla... ya llega... ya la toca... ¡está salvada!...

—¡Dios, Dios! exclamaron todos levantando las manos al cielo. ¡Dios!...

Y mientras la pobre enferma caia desmayada en brazos de las mujeres, que se abalanzaron á sostenerla, el cura decia á Juan estrechándole en sus brazos:

—¡Hijo! ¡hijo! ¡cuanto poseo es tuyo! Tuya será tambien la suma que junten entre todos estos buenos labradores...

—¡Ah, señor! exclamó Juan con las mejillas enrojadas de vergüenza, yo no pido, yo no quiero nada. ¡Si lo que he hecho merece alguna recompensa, dadme á este pobre niño!... ¡Si Catalina muere, yo le serviré de padre!...

## II.

Nada basta á detener la rápida marcha del tiempo, ni penas, ni alegrías. Indiferente á las miserias de los hombres, pasa como una exhalación por encima de la choza donde se llora y del palacio donde se ríe, llevándose las lagrimas y las risas, para dejar en cambio la impalpable nada, el desconsolador olvido.

Aunque lloraban todavía en Bñeza muchas familias, los verdes tallos del trigo que rompián ya el seno de la tierra, y los frutos que se balanceaban entre el espeso follaje de los árboles, infundían en todos los ánimos consuelos y esperanzas.

Además, el alegre sol de mayo tendía por todas partes sus hermosos rayos de oro. ¿Y quien puede estar triste, cuando brilla el sol y renace la primavera?

Catalina habia muerto, y Juan tenia un hijo: un hijo sobre el cual derramaba todos los tesoros de su apasionado corazón.

Extraño casi al mundo, parecia haber fijado en el huerfanito su existencia, y solo le arrancaban una sonrisa sus inocentes sonrisas. ¡Oh! ¡con qué ardor trabajaba ahora que existia otro ser á quien debia consagrar sus fatigas! ¡Ya no estaba solo! Su hogar no estaba desierto!

(Continuad.)

ÁNGELA GRASSI.

---

## LA NAVE BENDITA

Cuando el éter azulado ilumina el sol sin velos, si el mar está sosegado, se ve en el agua copiado, todo el azul de los cielos:

Mas si el piélago iracundo aquel reflejo oscurece dentro en su seno profundo, entonces el mar parece imagen viva del mundo.

¡El mundo! ¡mar proceloso! ante su aliento inhumano, aun en su furia, es piadoso ese irascible color que llaman el Oceano.

Sobre las ondas saladas ostentan sus pabellones, por vientos mil contrastadas, las naves desmanteladas en que bogan las naciones.

Negras cual la noche oscura son sus quillas voladoras; negra su torba figura, negras las cortantes proras, y negra la arboladura.

Es justo; que, así al vivir del mundo sobre el fragor, los pueblos deben pedir á los vientos su gemir, y á la noche su color.

Que al cruzar esa escollera lleva apartada del centro, aun la nave mas velera, una tempestad por fuera y cien tempestades dentro.

Allí el incesante estrago de la tempestad bravía, del piloto el sueño aciago, ó el fiero y constante amago de chusmas en rebeldía;

Y fuera, vientos contrarios, las enemigas fragatas, y, aun en trances sanguinarios, hay bergantines corsarios y capitanes piratas.

Así, al cruzar las naciones por las mundanas marismas, temen al mar, los turbiones, á la chusma, á sus patronos, á las olas y á si mismas.

Y por eso, entristecidas, del puente á los masteleros se ven de negro vestidas, así son mas parecidas á los bajeles negreros.

Solo a modo de fanal, la barca de un pescador, con albura sin igual interrumpe en su color la negrura universal.

Blanca es, sí, la navecilla por uno y por otro flanco, desde la popa á la quilla; y la ve a y la toldilla, y las jarcias... ¡todo es blanco!

Risgar las sombras parece el iris que la circuye y en su proa resplandece: es una noche que huye ante un dia que amanece.

Nunca sucedió empañarse de sus velas peregrinas la pureza, ni mancharse; porque voga sin mojarse, como las aves marinas.

Así con silencio avanza,  
siguiendo su derrotero  
puesta en Dios la confianza,  
y por vela la esperanza  
y el amor por timonero.

No del mundo enamorada  
la miraron las edades  
en sus puertos, ni allí anclada,  
desde que alla fue botada  
en el mar Tiberiades.

Que aunque mil planes aborte  
en su orgullo sin segundo  
el mundo y su inicua corte,  
no tiene puertos el mundo  
para naves de ese porte.

Por eso en su santo ahelo,  
para su rumbo fijar  
el hermoso barquichuelo,  
no arroja el áncora al mar  
sino que la arroja al cielo.

Allí en el divino iman,  
como brújulas sagradas,  
clavadas por siempre estan  
las estaticas miradas  
del invicto capitan.

En esa noble actitud,  
figura del santo amor,  
del mundo sin inquietud,  
al Vicario del Señor  
conoció la Juventud.

Y vio que aquella mirada  
con su fijeza divina,  
descubrió en una alborada  
la pureza imaculada  
de la *Estrella matutina*.

Y no sé; mas percibida  
aquella hermosa vision,  
estatica y detenida,  
del Papa en el corazon  
quedó suspensa la vida.

Y tronos y sociedades  
rodaban al hondo abismo  
tras horribles tempestades,  
y eran otras las edades;  
pero el Papa .. ¡siempre el mismo!

Siempre en la pupila ardía  
de aquellos ojos abiertos  
la casta luz de María;  
la muerte no se atrevía  
á ver esos ojos muertos.

Mas hora llegó á sonar  
en que al Señor de la luz  
le plugo por fin llamar,  
del pleno día á gozar  
al que fué *Cruz de la cruz*.

¡Ay! ¡La pobre navecilla!  
Juguete de hinchadas olas,  
pronto del mar á la orilla  
rotas irán cual tu quilla  
tu jarcias y banderolas.

Pronto a la fiera embestida  
irán, una de otra en pos  
por la mar em ravecida....  
mas no; que está defendida  
por la mirada de Dios.

Y de esa llama al lucir,  
por el divino querer,  
tus pilotos al morir  
nunca se los ve caer,  
siempre se los ve subir.

Jamas tu dicha ennegrese  
la orfandad ni el abandono;  
nunca el capitan perece;  
donde ascendio Pio Nono,  
allí surgio Leon trece.

Y en la humilde embarcacion  
con amor santo y profundo,  
al ir á asir al timon,  
vuelto el Capitan al mundo,  
le envía su bendicion.

Que esa bendicion querida,  
nuestra prenda y nuestro escudo,  
fué al tiempo de la partida,  
de Pio la despedida  
y de Leon el saludo.

Bien hayas, nave asombrosa,  
la de inmortales destinos,  
cuya estera luminosa  
no enturbia la lid furiosa  
de tantos monstruos marinos,

Cuando en su locura yerra  
de otras naves el anhelo,  
cuando el nublado se cierra,  
es su grito: ¡tierra! ¡tierra!  
pero el tuyo... ¡Cielo! ¡Cielo!

¡Bien hayas! De tu ancha quilla  
vuela mi deseo en pos;  
¡dejame por Dios. bajo quilla,  
morir bajo tu toldilla,  
para despertar en Dios!

ANTONIO MARÍA GODRÓ.

## LA VELETA.

¡Oh, Hija predilecta del Padre eterno, Esposa amada de Jesucristo y Depositaria fiel de los dones del Espíritu Santo! ¡Consuelo de la afligida humanidad, puerto seguro de salvacion en el proceloso mar de la vida! ¡Religion cristiana! ¡Salve! Yo te saludo y te venero y te respeto y admiro. ¡Cómo has sabido interpretar las necesidades de tus hijos y te apresuras á satisfacerlas, á la manera que una madre cariñosa adivina y trata de satisfacer las necesidades del hijo de sus entrañas! ¡Cómo has sabido sacar partido de la cosa mas insignificante al parecer, para que los fieles estén constantemente admirando los augustos misterios que en tí se encierran! Fijemos, si no, nuestra atencion en la palabra que sirve de epígrafe á estos mal trazados renglones.

¡La veleta! ¿Qué era la veleta en tiempo de la antigüedad, y qué es actualmente en las naciones en donde no ha penetrado aun la luz del Evangelio? Una obra del arte, mas ó menos perfecta, que podrá haber admirado á algunas generaciones.... y nada mas; que hablará mucho á la imaginacion, si se quiere, pero que, como todas las obras del hombre morirá, porque este es su destino. Morirá, sí, como perecerán los cuadros del pintor y las composiciones del poeta, los ostentosos palacios de los reyes y la miserable choza del mendigo, ó heridos por la afilada espada de los siglos, ó arrastrados por el impetuoso soplo del huracan, ó sepultado entre los escombros que amontone una guerra enemiga, ó finalmente en vueltos en torbellinos de fuego el último dia del mundo.

Ahora bien, ¿qué es la veleta entre los pueblos cristianos? ¡Ah! ¡Miradla! ¡Es la Cruz, símbolo de nuestra redencion!

Aposentada en lo mas alto de la casa del Señor, eleva su frente al cielo, pidiendo misericordia para sus hijos al par que abre sus brazos cariñosos para protegerlos, como la gallina extiende sus alas para cobijar á sus polluelos.

En las populosas ciudades, como en las pequeñas aldeas, se eleva magestuosa, ofreciendo á todos su proteccion y amparo.

Ella es el recuerdo constante de un Dios que muere entre incalculables tormentos por amor á los hombres.

Ella nos dice que fué sellada con la sangre del Hijo del Eterno, para levantar á la caída humanidad.

Ella es el último lecho del Cordero immacula-

do, y la llave que nos abrió las puertas del Paraíso.

Con sus lenguas de metal ella es la que nos llama á la casa del Señor, para implorar sus misericordias; la que por la mañana nos avisa que nuestro primer pensamiento debe ser para Dios, que es nuestro Padre, y la que nos advierte que meditemos en la eternidad, porque ¿quien sabe si el sueño de aquella noche será el último.

Ella es la que abate al orgulloso y anima al humilde, porque al uno y otro manifiesta que muriendo Jesucristo en la Cruz por todos los hombres, a todos nos hizo iguales.

Ella es la que da aliento al perdido caminante que, al divisarla á lo lejos, exhala un suspiro de alegría y dá gracias á su Criador, por haberle librado de aquella pequeña contrariedad, al mismo tiempo que le enseña a sufrir con paciencia los padecimientos de esta vida, puesto que tambien un Dios padeció sin necesidad, y solo por librarle á él de la esclavitud del Infierno, con una paciencia sin límites.

Ella es, en fin, el centinela avanzado, que nos advierte que debemos estar siempre preparados con la oracion y armados con la fe, la esperanza y la caridad, para poder luchar ventajosamente y vencer á nuestros enemigos, el demonio, el mundo y la carne.

Y todo esto ¿no habla mas alto á la imaginacion de lo que pueden hablar todas las obras del arte humano?

Pero no; no es á la imaginacion solo á quien habla, si que tambien al corazon y al sentimiento, al entendimiento y á la voluntad; porque al recordarnos lo mucho que ha hecho Dios para comprometer nuestro agradecimiento, nos hace conocer á ese mismo Dios; nos enseña á amarle y respetarle y á admirar su infinita Sabiduría; nos mueve en fin, á practicar todo lo que ese mismo Dios quiere que practiquemos, y de ahí el amor á nuestros prógimos, ó sea la Caridad.

¡Oh! ¡La Caridad! ¡Santa palabra, emanada de los labios del Altísimo! Si tú imperaras en el mundo, este seria el principio de la bienaventuranza eterna; desaparecerian la envidia, el orgullo y la vanidad, y considerándonos como hermanos, no pensaríamos mas que en ayudarnos mutuamente en este valle de lágrimas. ¡La Caridad! ¡Ah! Si todos fuésemos caritativos, la tierra no seria otra cosa que la antesala del cielo; seríamos dichosos, poco menos que lo son los bienaventurados, que no hacen otra cosa que amarse recíprocamente, y nos asemejaríamos mas y mas á Dios, que es inmensamente caritativo.

Pero volvamos á nuestro asunto; y despues de haber probado sucintamente que la veleta de las naciones infieles morirá, como morirán todas las manufacturas del hombre, tratemos de probar que no así la veleta de los pueblos cristianos, la cual vivirá eternamente; que bien pocos esfuerzos necesitaremos para dejarlo patentizado.

Después que la Sabiduría increada pronuncie la palabra á cuyo eco se trastornen todas las leyes de la naturaleza, y haciendo brotar por todas partes abrasadoras llamas, se convierta la tierra en pavesas: bajará Jesucristo con gran poder y magestad á juzgar á todos los hombres; y bajará con la Cruz en una mano y la espada de la justicia en la otra; ésta para dar á cada uno lo que merezca, segun sus obras; aquella para hacer comprender á todos los hombres los inmensos beneficios de que le somos deudores; lo cual prueba que la Cruz, veleta de los pueblos cristianos, sobrevivirá á la de las naciones infieles; la cual habrá perecido, al dar el mundo su último suspiro.

Pero aun hay más. La veleta de los pueblos cristianos, como llevamos dicho, no es otra cosa que la Cruz, que corona nuestros templos, nuestras casas, nuestros castillos, nuestros cementerios; y la Cruz vivirá eternamente en el Cielo, siendo objeto de veneracion de sus santos moradores. Y así como un general vencedor enarbola su bandera en lo mas alto de la ciudad conquistada, y á la vista de la insignia, á cuya sombra pelearon y vencieron sus leales soldados, estos prorumpen en gritos de entusiasmo, de alegría y de regocijo; así tambien Jesucristo, General insigne y vencedor, enarbolará en lo más alto del Alcazar celestial el estandarte de la Cruz, insignia elegida por Él mismo para embellecer el Cielo y vencer al Infierno, aun á costa de su sangre y de su vida. Y los santos leales soldados de Jesucristo, á la vista del pabellon, á cuya sombra pelearon y vencieron, se entregarán en brazos del más puro entusiasmo y bendecirán mil veces la hora en que se alistaron en las filas del Cristianismo, que tan grandes y tan duraderos placeres les ha proporcionado.

Si estas reflexiones se alcanzan á mi pobre entendimiento, ¿que será al de la mayor parte, al de la inmensa mayoría de los hombres, mas valioso que el mio?

¡Oh, Religion Cristiana! ¡Cuan admirable eres, aun en la mas pequeña de tus obras; y á imitacion del Dios á quien representas, cuan incomprendible y cuan insondable!

JUAN RECIO.

Villardecervos 7 Febrero de 1879.

Con el mayor gusto damos cabida en las columnas de nuestro Semanario á la preciosa novela, LEA, Ó LA CRUZ TRIUNFANTE, que tomamos de la coleccion que publica *La Revista Popular*, de Barcelona, ilustrado periódico dedicado á la propaganda de las lecturas catolicas.

## LEA, Ó LA CRUZ TRIUNFANTE.

Cristo vive, Cristo reina  
Cristo impera.

1.

### PRÓLOGO.

El santo Rey profeta, en una de sus penetrantes miradas sobre el porvenir, exclamaba: «¿Por qué bramaron los pueblos? ¿Por que las naciones maquinaron asechanzas? Los reyes de la tierra se han levantado, y los príncipes se han conjurado contra Dios y su Cristo, diciendo: «Rompe-mos sus ataduras, y echemos su yugo lejos de nosotros.» Mas el que habita en los cielos se reira; Dios se burlara de ellos... ¡Entendedlo, ó reyes! ¡Aprended, ó jueces de la tierra!»

¿No es este el cuadro de los primeros siglos de la Iglesia? Nuestro divino Salvador Jesús murió en una cruz; sus Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, abrasados por el fuego que su Maestro vino a traer á la tierra, predicán el Evangelio al judío y al gentil, al romano y al barbaro; al punto las naciones se conmueven, y mientras los pequeños y los humildes aceptan la buena nueva y adoran al Dios crucificado, los reyes y los príncipes, los gobernantes y los magistrados se juntan contra Dios y su Cristo. Por espacio de tres siglos, á una persecucion tenaz y sangrienta, los cristianos opusieron una resistencia invencible; todo el imperio romano, con sus leyes, sus armas, sus letras, sus tesoros, sus tormentos y sus suplicios, no puede resistir á este puñado de homores, revestidos de la fuerza de lo alto; en pocos años la debil planta ilego a ser un árbol inmenso; los cristianos, segun expresion de un aplogista antiguo, todo lo habian invadido, llenaban la vasta extension del imperio, y solo dejaban á los paganos los templos de sus falsas deidades. Aquellas legiones innumerables daban incesantemente heroes a la tierra, y martires al cielo; el edificio de la Iglesia se engrandecia siempre, cimentado por la sangre de sus generosos hijos. ¡Cuántos nombres ilustres! ¡cuántos tormentos! ¡cuanto heroismo! ¡cuanta gloria! Contad si podeis las estrellas que tachonan la celeste bóveda en una noche serena; ¡cuanto me-

nos esas cohortes brillantes en que se confunden los blancos cabellos de los Pontífices con las rubias trenzas de las vírgenes; en que la túnica del esclavo, la clamide militar, la toga del senador teñíanse igualmente con la sangre que derramaban por Dios; en que se juntaban nombres consulares y nombres bárbaros; en que se confundían en fraternal abrazo representantes y embajadores de Judea y la Gaha, de Roma y Etiopía, de Cartago y las colonias del Danubio! Durante tres siglos los testigos gloriosos de la religión santa no cesaron de orar, de combatir y de morir; durante tres siglos las Catacumbas, las ciudades de los muertos, llenáronse de cuerpos santos desgarrados por los suplicios, y que tan hermosos aparecerán cuando amanezca el día que no acabará jamás; durante tres siglos la sangre de los mártires, vertida á torrentes, engendró por cada gota nuevos cristianos que veían en la vida fiel ó en la muerte violenta la entrada de la inmortalidad. Durante tres siglos los reyes maquinaron en vano contra Dios y su Cristo; el Eterno se reía de ellos; ocultaba en el granero celestial los trojes de la preciosa mies segada por los perseguidores; su grandeza y su poder brillaban solo en el heroísmo de sus hijos, hasta el momento en que, saliendo de su reposo, rompió como vaso de barro los príncipes, los jueces y los verdugos. Herodes y Pilatos, Neron, Domiciano y Decio, desaparecieron de la tierra; Diocleciano murió en la desesperación; Maximiano Hércules fue herido por esta mano divina que había irritado; Galerio murió consumido en una enfermedad vengadora, y mostró en sus últimos momentos un arrepentimiento que, semejante al del impío Antiocho, no fué tomado en cuenta; Liciano dobló la rodilla ante el Dios eterno; y Constantino, dispuesto para combatir contra Majencio en Puente-Milvio, ve en los aires la cruz triunfante, lee al rededor del celestial estandarte la promesa de la victoria, y poniendo toda su confianza en aquella señal divina, dá el ataque, combate y vence. Enarbolase la cruz al frente de los ejércitos; cincuenta soldados lo llevan en sus broqueles, y victorioso de todos sus rivales, revestido en cierto modo de la fuerza divina, el hijo de Constancio reina solo en el imperio de Augusto, que va á consagrar en adelante á Jesucristo. El santo Rey lo predijo: «Servid al Señor en el temor, alegraos en el temblor... Felices los que en él esperan!»

La guerra contra el eterno había cesado: Constantino iba á dar á la Iglesia una paz y una libertad que no conocía; los cristianos bendecían á Dios, los paganos temblaban de cólera, una

nueva era comenzaba para el mundo. Hacia trescientos tres años que el Cristo había muerto y resucitado.

## II.

## EL ABUELO.

En medio de los disturbios que agitaban el Imperio, parecidos á las postreras convulsiones de un moribundo, á despecho de los Cesares degollados, y los bárbaros acampados en las fronteras, que solo se alejaban por medio del oro; en medio de la pública ansiedad, de la ruina de las propiedades, de la carestía de comestibles, del abandono de la agricultura, del decaimiento de todas las columnas en que se apoyaba la sociedad romana, quedaban todavía algunas existencias pacíficas á quienes no turbaban las amenazas de fuera, y que ignorantes del peligro se deslizaban como el corzo que en el fondo de los bosques vive sin miedo al venablo del cazador. Prósperos y apasibles corrían aquellos días para una joven consular, último vástago de su familia, que vivía bajo la protección de su abuelo, y que no advertía su orfandad, pues era amada; ni la ruina del Imperio, pues solo conocía en este mundo sus libros, sus pájaros y sus flores. LEA VALERIA tenía quince abriles, y aunque hermosa y dueña de vastas posesiones en la provincia de Emilia, todavía no era desposada, pues su abuelo la guardaba en una estrecha y dulce reclusión. Vivía desconocida de todos aquella flor solitaria; no enbelesaba otros ojos que los de su abuelo, nadie sino ella era su consuelo en las tristezas de la edad y en las amarguras más grandes que las calamidades públicas derramaban en su corazón. Vivía por ella; iniciábala en los estudios serios; rodeábala de riquezas y comodidades en su pequeña pero hermosa morada del Monte-Celio, á donde se había retirado después de haber concluido la carrera de magistrado. Sus contemporáneos, reducidos ya á corto número, explicaban esta soledad y tristeza en que Valerio se había sepultado, diciendo que había sobrevivido á todos sus hijos, y que por grande que fuese la insensibilidad romana, la muerte de su último hijo, el padre de LEA, le había herido en el fondo del alma haciéndole cobrar hastío al mundo, al ruido y á los honores.

(Continuará.)

MATILDE BOURDON.

## SECCION DOCTRINAL.

## LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Sí, hija mía, respondió la Condesa, pero luego pudo convencerse de que era una verdad, pues visitó de intento al pobre tabernero y pudo comparar lo que había presenciado dormida, con lo que podía admirar despierta.

—Y que hizo? interrogó la curiosa niña de nuevo:

—Bendecir los designios de Dios que así le demostraba la verdad y seguir desde entonces, el ejemplo del que nadie sabía comprender.

—Ahora conozco cuanto vale ser un buen hijo, dijo Adolfo con una gravedad superior á sus años, y puedes estar segura, abuelita, que yo lo seré.

—Es que tú, hijo mío, debes la vida á seres que también saben cumplir sus deberes para tí, y que facilitan el camino que has de seguir.

—Oh! sí, mamá es tan buena! exclamó Julieta con candor, nos ama tanto, nos da tanto gusto en todo!

—Oh! no creas Julieta mía, que son mejores padres aquellos que nada saben pegar á sus hijos, no por cierto, si Dios amarecá grandes obligaciones á estos no son menores los de aquellos, teniendo aun mayor responsabilidad ante el Eterno.

—De veras?

—Sí niña, y ¡ay! de los que no los cumlan! La maternidad es un sacerdocio y tan penoso y tan delicado, que no todas le saben desempeñar.

—Ay! señora, bien sabe V. E. lo que pasamos las madres para criar á nuestros hijos, luego, Dios sabe como son! dijo el ama de llaves muy afligida. Dos tengo, me he sacrificado por ellos y apenas se acuerdan de su pobre madre, que si no fuera por V. E. . . y yo los he educado bien. Les reprendía muy severamente, y en particular al niño, que era el peor, le golpeaba bien fuerte, y apenas hacía la falta ya tenía el castigo encima; bien es verdad que me irritaba de modo que me privaba de la razon. Pero no adelantaba nada. Y en cuanto á la niña, que no era tan traviesa, la daba gusto en todo, y la dejaba hacer su voluntad, y el mismo pago me ha dado á pesar de mis desvelos: todos son unos ingratos para mí.

—Y ¿sabe V. si son felices?

—En cuanto á mi hija, no, señora: se casó con un mal hombre, que le dá una vida de perros y la golpea y no la deja un momento de paz: quiere que trabaje, que atienda á todo, y como ella no estaba acostumbrada... de aquí las guerras y los disgustos. Mi hijo se tomó paza y apenas sé de él.

—Por lo que veo, amiga Petra, no ha educado á sus hijos como debía, y mucho me temo que sea V. la causa de su desgracia.

—Yo! ¿qué dice V. E.!

—La verdad! ni un excesivo amor, ni un rigor extremo dan el resultado de hacer los hijos perfectos. Su demasiada indulgencia con la niña, el no haberla acostumbrado á la actividad y al trabajo, han hecho sin duda de ella una mujer desarreglada é indolente, que no hará feliz á su marido, ni tendrá orden en su casa, proviniendo de esto su desgracia.

—Pues yo creí... en fin, ya vé V. E. que no será por eso, pues el niño á quien traté con excesivo rigor, no ha sido menos desventurado ni me ha considerado mas tampoco.

—Todos los extremos son malos. Reñir de continuo á los hijos, golpearlos á todas horas y sobre todo, cuando estamos encolerizados, lejos de ser un correctivo, es un mal grave, pues no es la razon la que nos guía entonces, sino la pasion y el enojo.

—Y entonces ¿como quiere V. E. que se castigue? porque ¿qué madre es capaz de pegar á su hijo pasado el enojo y á sangre fria?

—Y ¿quién á dicho á V., querida Petra, que los golpes son un medio para educar bien á los niños?

—Pues no sé... yo pensé...

—Desde el momento que Dios manda un ángel bajo nuestro techo; desde el instante en que nos confía el cuidado de un alma redimida con su muerte y sellada con su sangre, debemos poner un especial cuidado en formarla y dirigirla al bien, para lo cual la religion nos presta un poderoso auxilio. Á veces mil pequeñeces, mil causas insignificantes en la apariencia producen graves males, imposibles de remediar despues.

La educacion de una criatura debe empezar desde los primeros dias en que vé la luz. Por desgracia ninguna madre lo cree así, y la oímos decir cuando los hijos tienen pocos meses: —¿Qué sabe? ¿que entiende todavía? es tan pequeño! —Y sin embargo un caracter voluntarioso y duro, vengativo y cruel se forma acaso por un hecho insignificante y sin intencion, por una circunstancia sin nombre.

¿Que cosa mas comun que un niño caiga, ó que se lastime con una silla, ó con un objeto cualquiera? La criatura llora afligida por el dolor, y la madre lejos de emplear la distraccion ó las caricias para acallarle, llena de amenazas á la silla ó á la mesa, y la da golpes al por, á usandoles de un daño que no han hecho; el niño sigue aquel ejemplo y con su pequeña manecita pega en la tabla ó el mueble repitiendo las palabras que la madre le enseña y olvidando su dolor con esto.

—Oh! es verdad que eso lo hacemos siempre, dijo María la nodriza del pequeño Mauricio, pero dígame V. E. señora ¿que mal puede haber en esto?

—Uno muy grande, amiga mía, y en el que V. no ha pensado sin duda.

—Pero cual?

—El de arrojarla semilla de una mala pasion en aquel inocente pecho.

—Una mala pasion? exclamó la nodriza cada vez mas admirada.

—La de la venganza y el rencor,

—Jesús!

—El niño, castigando de este modo el objeto que cree le dañó, adquiere la fatal costumbre de vengar cualquier daño, cualquier ofensa que reciba, en el primero que encuentra á su paso, y en el instante en que la recibe, y como esto es su madre quien se lo enseña, lo creera justo y bueno y bien hecho.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia